

Keith Lowe

# El miedo y la libertad

Cómo nos cambió la Segunda Guerra Mundial



Galaxia Gutenberg

---

KEITH LOWE

# El miedo y la libertad

Cómo nos cambió  
la Segunda Guerra Mundial

Traducción de  
Gemma Deza Guil

Galaxia Gutenberg

También disponible en eBook

Edición al cuidado de María Cifuentes

Título de la edición original: *The Fear and the Freedom. How the Second World War Changed Us*  
Traducción del inglés: Gemma Deza Guil

Publicado por:  
Galaxia Gutenberg, S.L.  
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª  
08037-Barcelona  
info@galaxiagutenberg.com  
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: noviembre 2017

© Keith Lowe, 2017  
© de la traducción: Gemma Deza, 2017  
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2017

Preimpresión: María García  
Impresión y encuadernación: Sagrafic  
Depósito legal: B. 22294-2017  
ISBN: 978-84-17088-20-0

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

---

*A Gabriel y Grace*

---

## Índice

Lista de ilustraciones . . . . .	13
Nota del autor sobre los nombres asiáticos . . . . .	17
Introducción . . . . .	19

### PRIMERA PARTE MITOS Y LEYENDAS

1. El fin del mundo. . . . .	35
2. Héroes . . . . .	46
3. Monstruos . . . . .	60
El rostro del «mal». . . . .	68
4. Mártires. . . . .	77
Comunidades víctimas. . . . .	80
El auge del mártir. . . . .	84
Martirio competitivo . . . . .	91
5. El principio del mundo. . . . .	95
El renacimiento de las naciones . . . . .	100
Renacimiento mundial. . . . .	103
El coste del mito. . . . .	105

### SEGUNDA PARTE UTOPIÁS

6. Ciencia. . . . .	111
7. Utopías planificadas. . . . .	129
La ciudad ha muerto. ¡Larga vida a la ciudad! . . . . .	133
Utopía y realidad . . . . .	141

La centralidad del plan. . . . .	148
8. Igualdad y diversidad. . . . .	152
La igualdad de las mujeres . . . . .	154
Las mujeres como «la alteridad» . . . . .	163
El problema de las minorías . . . . .	167
El problema de la identidad . . . . .	171
9. Libertad y pertenencia . . . . .	174
Libertad. . . . .	182
El estallido del capital social. . . . .	187

TERCERA PARTE  
UN SOLO MUNDO

10. La economía mundial. . . . .	199
Las repercusiones económicas de la guerra. . . . .	205
Ganadores y perdedores. . . . .	210
La visión de una economía mundial controlada . . . . .	214
11. Gobierno mundial . . . . .	222
Las Naciones Unidas . . . . .	230
Algunos éxitos tácitos . . . . .	235
12. Derecho internacional . . . . .	239
El camino a Núremberg y Tokio. . . . .	242
La justicia tras los tribunales militares internacionales . . . . .	249
La búsqueda del derecho penal mundial. . . . .	255

CUARTA PARTE  
DOS SUPERPOTENCIAS

13. Estados Unidos . . . . .	263
Sueños americanos y traiciones soviéticas. . . . .	267
La reacción de Estados Unidos. . . . .	272
Macartismo . . . . .	276
La Doctrina Truman . . . . .	280
14. La URSS . . . . .	286
Trauma nacional . . . . .	290
Nosotros y ellos . . . . .	294

Un renacimiento adelantado . . . . .	299
15. La polarización del mundo . . . . .	308
La neutralidad imposible . . . . .	311
El Movimiento de Países No Alineados . . . . .	318

QUINTA PARTE  
DOSCIENTOS PAÍSES

16. El nacimiento de una nación asiática . . . . .	325
<i>Merdeka!</i> . . . . .	329
El fin del imperio . . . . .	335
El nuevo orden . . . . .	340
17. El nacimiento de una nación africana . . . . .	345
Héroes de la guerra, héroes de la revolución . . . . .	350
La experiencia civil . . . . .	352
Excepción . . . . .	356
La naturaleza esquiva de la «libertad» . . . . .	361
18. La democracia en Latinoamérica . . . . .	366
El Trienio de Venezuela . . . . .	369
Latinoamérica tras la Segunda Guerra Mundial . . . . .	375
El precio de la represión . . . . .	380
19. Israel: nación de arquetipos . . . . .	385
Nación de héroes . . . . .	389
El «otro» judío . . . . .	394
Nación de víctimas . . . . .	399
El «otro» árabe . . . . .	402
Nación de monstruos . . . . .	404
Nación de divisiones . . . . .	406
20. Nacionalismo europeo . . . . .	410
La supervivencia del nacionalismo . . . . .	415
El nacionalismo contraataca . . . . .	418
El abuso de la historia . . . . .	423

SEXTA PARTE  
DIEZ MIL FRAGMENTOS

21. Trauma . . . . .	429
Trauma e indefensión . . . . .	434
Guerra civil . . . . .	437
Fogonazos del pasado . . . . .	440
Naciones divididas . . . . .	443
22. Pérdida . . . . .	446
Pérdida personal . . . . .	448
Trastornos demográficos . . . . .	450
Identidades perdidas . . . . .	452
23. Parias . . . . .	455
Pueblos aparte . . . . .	461
Expulsiones poscoloniales . . . . .	462
La reacción internacional . . . . .	466
24. La globalización de los pueblos . . . . .	470
Diversidad en la Europa occidental . . . . .	472
Inmigración procedente de las colonias . . . . .	475
La generación Windrush . . . . .	479
Reacción en contra . . . . .	482
Miedo y libertad . . . . .	485
El nuevo «otro» . . . . .	489
Epílogo . . . . .	495
Agradecimientos . . . . .	505
Bibliografía . . . . .	507
Notas . . . . .	537
Índice analítico . . . . .	607

---

## Lista de ilustraciones

### ILUSTRACIONES INTEGRADAS

1.	Ogura Toyofumi y su familia . . . . .	37
2.	Leonard Creo en 2017 . . . . .	49
3.	Ilustración de L. J. Jordaan de la invasión nazi de los Países Bajos. . . . .	62
4.	Yuasa Ken . . . . .	74
5.	Otto Dov Kulka . . . . .	80
6.	La Sala de los Nombres de Yad Vashem, Jerusalén . . . . .	82
7.	Monumento conmemorativo a los holandeses caídos en la guerra, Ámsterdam . . . . .	84
8.	Nagai Takashi con sus hijos . . . . .	97
9.	Eugene Rabinowitch . . . . .	113
10.	El atolón Bikini, 1946 . . . . .	115
11.	Dibujo propagandístico soviético de principios de la década de 1960 . . . . .	117
12.	Giancarlo De Carlo en la década de 1950 . . . . .	133
13.	Diagrama de Ebenezer Howard de la ciudad ajardinada ideal . . . . .	138
14.	Viviendas de posguerra de alta densidad en Polonia . . . . .	143
15.	«Subtopía» de posguerra: urbanización en Levittown, Pensilvania . . . . .	147
16.	El célebre póster de la guerra de J. Howard Miller que solicitaba a las mujeres estadounidenses que acudieran a las fábricas. . . . .	156
17.	Monumento al papel de las mujeres británicas durante la guerra. . . . .	161
18.	El presidente Truman pronuncia un discurso ante la convención de la NAACP en 1947 . . . . .	169

19.	Hans Bjerkholt . . . . .	177
20.	Chittaprosad unos cuantos años después de la guerra . . . .	200
21.	Ilustración de de Chittaprosad de un hombre hambriento con su hijo durante la hambruna de Bengala . . . . .	204
22.	Ilustración de Chittaprosad de Nehru aceptando dinero estadounidense . . . . .	220
23.	El «ciudadano del mundo» Garry Davis en 1948 . . . . .	225
24.	Logotipo de la Asociación de Ciudadanos del Mundo . . . .	229
25.	Ben Ferencz en Francia, 1944 . . . . .	241
26.	Dibujo de David Low del veredicto de Núremberg, 1 de octubre de 1946 . . . . .	247
27.	El caso de los Einsatzgruppen, septiembre de 1947 . . . . .	251
28.	Cord Meyer visita a Albert Einstein en 1948 . . . . .	265
29.	Ilustración de Herblock de la época del «Terror Rojo» datada de 1949 . . . . .	277
30.	Andréi Sájarov en el Instituto Soviético de Energía Atómica en 1957 . . . . .	289
31.	Dibujos soviéticos ilustrando el dominio de Estados Unidos de los países petrolíferos del golfo Pérsico . . . . .	298
32.	Andréi Vyshinski y Henry Cabot Lodge, Jr. durante un debate de la ONU sobre Corea . . . . .	310
33.	S. K. Trimurti unos años después de la guerra . . . . .	327
34.	Dibujo de Chittaprosad del movimiento de 1950 «Fuera de Asia» . . . . .	340
35.	Waruhiu Itote (el general China) durante el juicio de 1954 . . . . .	360
36.	Carlos Delgado Chalbaud en 1949 . . . . .	375
37.	Aharon Appelfeld, sesenta años después de la guerra. . . .	388
38.	Estudiantes de Yeshiva en formación, 1947-1948 . . . . .	390
39.	Expediente de prisión de Altiero Spinelli, 1937 . . . . .	413
40.	Póster de 1950 de Reijn Dirksen, originalmente creado para promocionar el Plan Marshall . . . . .	414
41.	Una de las manifestaciones de los miércoles a las puertas de la embajada japonesa en Seúl . . . . .	442
42.	Mathias Mendel, poco después de ser expulsado de Checoslovaquia . . . . .	456
43.	Cartel para el referéndum sobre la constitución bávara, 1946 . . . . .	459

44. Sam King en 1944 .....	47I
45. Llamamiento a la unidad del Gobierno británico durante tiempos de guerra .....	48I

## ENCARTE

- I-1. Dirigentes europeos conmemoran el 70.º aniversario del Día de la Victoria
- I-2. Un avión de la Segunda Guerra Mundial sobrevuela el palacio de Buckingham
- I-3. *Inocencia robada*, por Kang Duk-kyung
- I-4. Mural de Eduardo Kobra de un marinero y una enfermera celebrando el Día de la Victoria sobre Japón en Nueva York
- I-5. Mural de Krohg en la cámara del Consejo de Seguridad de la ONU
- I-6. *Il Giornale* proclama el «Cuarto Reich» de Alemania en 2012
- I-7. Número de enero de 2016 de *Wprost*: «Quieren supervisar Polonia de nuevo».
- I-8. *Dimokratia* equipara las medidas de autoridad de la UE con las de un campo de concentración alemán
- I-9. Retrato de Winston Churchill en un billete de cinco libras del Banco de Inglaterra
- I-10. Retrato de Altiero Spinelli en un sello de correos italiano
- I-11. *Ciudad de vida y muerte* (Lu Chuan, 2009)
- I-12. *Stalingrado* (Fedor Bondarchuk, 2013)
- I-13. Vista desde el museo del Holocausto en Yad Vashem
- I-14. Monumento conmemorativo al Holocausto en Montevideo
- I-15. El Museo de la Segunda Guerra Mundial en Gdansk
- I-16. Inmigrantes musulmanes durante la campaña electoral alemana de 2005
- I-17. El *Philadelphia Daily News* equipara a Donald Trump con Hitler

## CRÉDITOS FOTOGRÁFICOS

Miura Kazuko, 1; Keith Lowe, 2, 6, 7, 14, 17, I-4, I-5, I-9, I-13, I-15; Atlas Van Stolk, Róterdam, 3; Adam Nadel, 4; Atta Awisat, 5; Nagai

Tokusaburou, 8; Getty Images, 9, 23, 28, I-1, I-2, I-16; Biblioteca del Congreso de Estados Unidos, 10, 16; *Ogonyok/Kommersant*, 11; Biblioteca Harry S. Truman, 18; © The Oxford Group, 19; Archivos de la Galería de Arte Delhi, 20, 21, 22, 34; Archivo de la ONU, 24; Benjamin Ferencz, 25, 27; David Low/Solo Syndication, 26; Herb Block Foundation, 29; Rex Features, 32, 37, I-8; George Rodgers/MG Camera Press, 35; Colección Tim Gidal, Museo de Israel, Jerusalén, 38; Fundación George C. Marshall, 40; House of Sharing/Museo de la Esclavitud Sexual por los Militares Japoneses, 41, I-3; Dittmann Mendel, 42; Museo de la Guerra Imperial, Londres, 45; *Wprost*, I-7; China Film Group Corporation, I-11; Columbia Pictures, I-12; Mike Peel ([www.mikepeel.net](http://www.mikepeel.net)), I-14; *Philadelphia Daily News*, I-17.

Se han realizado todos los esfuerzos posibles por localizar a los propietarios de los derechos de reproducción de las imágenes no acreditadas que no son de dominio público y obtener la autorización para reproducirlas. Toda omisión o imprecisión que se ponga en conocimiento de los editores se corregirá en ediciones subsiguientes.

---

## Nota del autor sobre los nombres asiáticos

A lo largo de todo el texto he procurado referirme a las personas por los nombres que ellas usarían. De ahí que los nombres chinos, japoneses, coreanos y vietnamitas aparezcan con el apellido primero y el nombre de pila detrás, como es la convención en estos países. Por necesidad, he hecho una o dos excepciones, en los casos en los que la persona es conocida en Occidente con el orden opuesto, el occidental. Ello explica que el dirigente surcoreano recoja como Syngman Rhee y el primer ministro japonés de los tiempos de guerra se registre como Hideki Tojo, cuando sus apellidos son Rhee y Tojo respectivamente. Algunos autores que han vivido largo tiempo en Occidente han adoptado la forma occidental de escribir sus nombres. En caso de duda, el lector puede consultar el índice y la bibliografía, donde se lista a las personas alfabéticamente por sus apellidos. En Indonesia es habitual que las personas tengan un solo nombre, de ahí que, por ejemplo, el lector no tenga que preocuparse por averiguar el nombre de pila del presidente Sukarno, pues Sukarno era su nombre completo.

---

## Introducción

«Nunca he sido feliz.» Así fue como resumió su existencia Georgina Sand, que tenía ochenta y tantos años cuando la entrevisté. «Nunca he pertenecido a ningún sitio. En Inglaterra, me considero una refugiada. Incluso ahora me preguntan de dónde soy, y a algunos de ellos tengo que contestarles que llevo más tiempo aquí del que ellos llevan vivos. Pero, cuando estoy en Viena, ya no me siento austríaca tampoco. Me siento como una extranjera. Todo sentido de pertenencia se ha esfumado.»<sup>1</sup>

Por fuera, Georgina parece una mujer elegante y segura de sí misma. Inteligente y erudita, no teme dar su opinión sobre ningún asunto. Tiene una risa fácil, y no sólo se ríe de las absurdidades del mundo, sino a menudo de sí misma y de las extravagancias y excentricidades de su familia, que le resultan adorables.

Sabe que tiene mucho por lo que estar agradecida. Durante más de cincuenta años estuvo casada con su amor de la infancia, Walter, con quien tuvo hijos y luego un nieto, de los cuales se siente muy orgullosa. Es una artista consagrada y, desde la muerte de su esposo, ha expuesto tanto en Gran Bretaña como en Austria. Lleva una vida que la mayoría de las personas considerarían cómoda. Vive en un apartamento espacioso y elegante en la zona de South Bank de Londres, con vistas al río Támesis y la catedral de San Pablo.

No obstante, bajo su sonrisa fácil, bajo sus logros y su elegancia y toda la comodidad aparente de su entorno, subyacen arenas movedizas: «Soy muy insegura. Siempre lo he sido [...]. Mi vida ha estado llena de preocupaciones. [...] Por ejemplo, siempre he sufrido mucho por mis hijos. Me atormentaba la idea de perderlos o algo así. Incluso ahora sueño que los he perdido en algún sitio. La inseguridad siempre está ahí. [...] Mi hijo dice que hay una corriente subterránea en nuestro hogar, una corriente subterránea de ansiedad».

Georgina sabe perfectamente cuál es la causa de dicha ansiedad. Procede, asegura, de los acontecimientos que tanto ella como su esposo experimentaron durante la Segunda Guerra Mundial, acontecimientos que cataloga sin tapujos como un «trauma». La guerra cambió su vida por entero y de manera irrevocable, y el recuerdo de lo que le hizo todavía la persigue hoy. Mas, pese a ello, se siente en la obligación de narrar su historia, porque sabe que no sólo ha afectado a su vida, sino también a la de su familia y a su comunidad. Además, percibe los ecos de su historia personal en el ancho mundo. La realidad que vivió cambió las vidas de millones de personas además de la suya en toda Europa y allende sus fronteras. A su escala reducida, su historia es emblemática de nuestra era.

Georgina nació en Viena a finales de 1927, en una época en la que la ciudad había perdido su estatus como corazón de un imperio y bregaba por hallar una nueva identidad. Cuando los nazis entraron en Viena en 1938, la población los recibió entre vítores, imaginando el retorno de una grandeza que creía merecer. Georgina, en cambio, por el hecho de ser judía, no tenía motivos para celebrar su llegada. Al cabo de pocos días le ordenaron que se sentara en los pupitres traseros del aula de la escuela y algunos de sus amigos le dijeron que sus padres les habían prohibido hablar con ella. Fue testigo de cómo se pintaban eslóganes antisemitas en los escaparates de comercios judíos y del hostigamiento de los judíos ortodoxos en las calles. En una ocasión vio a una muchedumbre congregarse en torno a unos hombres judíos a quienes obligaban a lamer esputos del suelo. «Los miraban riendo y jaleando. Fue espantoso.»

La familia de Georgina tenía motivos adicionales para inquietarse ante la llegada de los nazis: su padre era un comunista comprometido a quien el Gobierno ya tenía vigilado. Tras decidir que el nuevo entorno era demasiado peligroso, desapareció sigilosamente y se marchó... a Praga. Un par de meses más tarde, Georgina y su madre siguieron sus pasos. Con la excusa de ir de picnic al campo, reunieron unas cuantas pertenencias y tomaron un tren hasta la frontera, donde «un hombre de aspecto raro» las ayudó a entrar ilegalmente en Checoslovaquia.

Durante el año siguiente, la familia vivió en el apartamento que el abuelo tenía en Praga, y Georgina fue feliz; luego los nazis llegaron

también allí y el proceso comenzó de nuevo. Su padre volvió a ocultarse. Para protegerla, la madre de Georgina la inscribió en una iniciativa británica concebida para salvar de las garras de Hitler a niños en situación de vulnerabilidad, un programa conocido como el *Kindertransport*. Su abuelo, que había estado en Gran Bretaña en varias ocasiones, le explicó que viviría en una gran casa, rodeada de lujos, con una familia rica. Su madre le aseguró que se reuniría con ella muy pronto. Y así, la pequeña Georgina, con once años de edad, se subió a un tren y fue enviada a Gran Bretaña a vivir entre desconocidos. Entonces no lo sabía, pero no volvería a ver a su madre.

Georgina llegó a Londres un día de verano de 1939, emocionadísima, como si fuera el principio de unas vacaciones en lugar del inicio de una nueva vida. La emoción no tardó en desvanecerse. Los primeros tutores con quienes la enviaron eran una familia de militares de Sandhurst, personas frías y hoscas, sobre todo la madre. «Creo que quería una niñita adorable, porque tenía dos hijos. Pero yo no dejaba de llorar porque echaba de menos a mi familia.»

De allí la enviaron a vivir con una pareja muy anciana en una casa húmeda y destartalada, una pocilga más bien, en un barrio pobre de Reading. «Allí me soltaron [las autoridades]. Literalmente. Supongo que debían de pagarles alguna manutención, pero aquellos viejecitos eran incapaces de cuidar de mí. Era muy, muy infeliz. Tenían un nieto que era un abusador. Era ya un hombre, pero seguía viviendo en la casa. Intentó hacerme cosas desagradables. [...] Le tenía mucho miedo.»

En el transcurso de los seis meses siguientes, le salieron furúnculos en las axilas y su temor ante las atenciones del nieto fue en aumento. Finalmente la rescató su padre, que se las había apañado para introducirse ilegalmente en Gran Bretaña y acudió a recogerla. Sin embargo, su padre tampoco pudo cuidar de ella durante mucho tiempo porque las autoridades británicas, que recelaban de cualquier hombre germanófono, querían detenerlo por ser un posible enemigo. De manera que Georgina volvió a encontrarse entre desconocidos, en esta ocasión en la costa meridional de Inglaterra.

Así dio comienzo una serie de desplazamientos que caracterizarían sus años de adolescencia. Al poco, fue evacuada de la costa sur debido a la amenaza de invasión. Pasó un tiempo en el distrito de los Lagos, y luego en un internado en Gales del Norte, antes de regresar a Londres para vivir con su padre en otoño de 1943. Nunca permaneció en un

mismo sitio durante más de uno o dos años y desarrolló miedo hacia los ingleses, ninguno de los cuales parecía entenderla o preocuparse por ella realmente.

Cuando acabó la guerra, Georgina tenía diecisiete años. Su mayor deseo era reunirse con su madre. Regresó a Praga, donde logró localizar a su tía, pero no había rastro de su madre. Su tía le explicó que muchos de ellos habían sido reclutados y enviados al campo de concentración de Theresienstadt. La madre de Georgina había sido trasladada a Auschwitz, donde casi con total certeza había fallecido.

Tales hechos siguen atormentando a Georgina incluso hoy: los desplazamientos repetidos, la pérdida de su madre, la ansiedad y la incertidumbre de la guerra y el período de posguerra, invariablemente acompañados por el trasfondo de una amenaza de violencia, nunca identificada de manera explícita. Pese a que vive en Londres desde 1948, no consigue olvidar los diez años de alteraciones continuas que caracterizaron su vida entre los diez y los veinte años de edad. Y, si bien es innegable que ello fue infinitamente mejor que la opción alternativa, el pensamiento de lo que podría haberle sucedido si hubiera permanecido en Centroeuropa no la consuela. No soporta imaginar lo que le ocurrió a sus familiares y amistades fallecidos en los campos de concentración y, sin embargo, no puede evitar pensar en ellos. Ni siquiera hoy es capaz de ver una película sobre la deportación de los judíos durante la guerra por temor a ver a su madre entre las víctimas.

También le aflige pensar en la vida que podría haber vivido: «Cuando viajaba a Viena y cuando visitaba a mi tía en Alemania, veía a familias, familias sanas y guapas con niños pequeños. Yo no esquío, pero en ocasiones iba a las montañas y contemplaba a los niños, niños sanos y fuertes que hablaban en alemán. Y entonces pensaba que podía haber tenido una vida mejor. Podría haber estado con mi familia, haber crecido en un entorno más seguro. Y sentir mis raíces, saber adónde pertenecía. Nunca he pertenecido a ningún lugar».

Mi interés por la historia de Georgina es triple. En primer lugar, como historiador de la Segunda Guerra Mundial y sus repercusiones, soy un coleccionista empedernido de historias. La de Georgina es sólo una de las veinticinco que recopilé para este libro, una para cada capítulo. Algunas de ellas las he reunido yo mismo, mediante entrevistas o co-

rrespondencia por correo electrónico; otras están extraídas de documentos de archivo o memorias publicadas; algunas son de personas famosas, y otras de personas a quienes sólo conocen sus familiares y amigos. A su vez, estas historias no son más que una muestra minúscula de los centenares que he tamizado entre los miles (millones) de relatos individuales que componen nuestra historia común.

En segundo lugar, y más importante, Georgina es pariente de mi esposa y, por consiguiente, es parte de mi familia. Lo que tiene que explicarme me ayuda a entender a esa rama del árbol genealógico, sus miedos y ansiedades, sus obsesiones y anhelos, algunos de los cuales se nos han transmitido de manera tácita a mi esposa, a mí y a nuestros hijos, prácticamente por ósmosis. No existe nadie cuya experiencia le pertenezca de manera exclusiva; todas las vivencias forman parte de un entramado que las familias y las comunidades construyen juntas, y la historia de Georgina no es ninguna excepción.

Y por último y más importante, al menos en el contexto de este libro, el relato de Georgina es, en cierto sentido, emblemático. Como Georgina, centenares de miles de judíos europeos, los que sobrevivieron a la guerra, fueron desplazados de sus hogares y diseminados por el planeta. Hoy es posible encontrarlos a ellos y a su descendencia en todas las ciudades principales, desde Buenos Aires hasta Vladivostok. Como Georgina, millones de otros germanohablantes, en torno a unos doce millones en total, fueron arrancados de sus hogares y exiliados en la caótica época de la posguerra. La historia de Georgina reverbera no sólo en toda Europa, sino también en China, Corea y el Sudeste Asiático, donde decenas de millones de personas fueron desplazadas como ella; y también en África del Norte y Oriente Medio, donde el ir y venir de enormes ejércitos provocó una disrupción irreversible durante los años de la guerra. Los ecos son más tenues, pero aun así reconocibles, en los relatos de conflictos posteriores, como los de Corea, Argelia, Vietnam o Bosnia, conflictos cuya raíz se retrotrae también a la Segunda Guerra Mundial. Se han transmitido a los hijos de los refugiados y a sus comunidades, del mismo modo que Georgina ha compartido sus recuerdos con su familia y su círculo de amistades, y ahora están trenzados en el tejido mismo de los países y las diásporas de todo el mundo.

Cuanto más estudia uno los acontecimientos que tuvieron que vivir Georgina y tantas personas como ella, más profundas y generalizadas parecen sus consecuencias. La Segunda Guerra Mundial no fue una

crisis más, sino que afectó de manera directa a más personas que ningún otro conflicto en toda la historia. Más de cien millones de hombres y mujeres fueron movilizados, una cifra que empequeñece fácilmente al número que luchó en cualquier guerra anterior, incluida la Primera Guerra Mundial (1914-1918). Asimismo, centenares de millones de civiles de todo el mundo se vieron arrastrados al conflicto, no sólo como refugiados, como en el caso de Georgina, sino también como obreros de fábricas, como suministradores de alimentos o combustible, como proveedores de consuelo y entretenimiento, como prisioneros, como mano de obra esclava y como blancos de diana. Por primera vez en la historia moderna, el número de civiles muertos superó con mucho al de soldados caídos, no ya en millones, sino en decenas de millones. Los muertos de la Segunda Guerra Mundial cuadruplicaron los de la Primera. Por cada una de esas personas, hubo docenas afectadas de manera indirecta por las inmensas turbulencias económicas y psicológicas que acompañaron a la guerra.<sup>2</sup>

Mientras el mundo bregaba por recuperarse en 1945, sociedades enteras se vieron transformadas. Los paisajes que emergieron de los escombros del campo de batalla no se parecían en nada a los que habían existido antes. Hubo ciudades que cambiaron de nombre, economías que cambiaron de moneda y personas que cambiaron de nacionalidad. Comunidades que habían sido homogéneas durante siglos de súbito se vieron inundadas de extranjeros de todas las nacionalidades, razas y colores, personas como Georgina, que no pertenecían a ellas. Países enteros fueron liberados, o esclavizados nuevamente. Cayeron imperios y se erigieron otros nuevos, igual de gloriosos y de crueles.

El deseo universal de hallar un antídoto a la guerra engendró una avalancha sin precedentes de nuevas ideas e innovaciones. Los científicos soñaban con utilizar las nuevas tecnologías, muchas de ellas inventadas durante la guerra, para hacer del mundo un lugar más seguro. Los arquitectos soñaban con construir ciudades nuevas sobre los escombros de las viejas, con viviendas más acondicionadas, espacios públicos más luminosos y poblaciones más felices. Políticos, economistas y filósofos fantaseaban con sociedades igualitarias, planificadas centralmente y gobernadas de manera eficiente con el fin de que todo el mundo fuera feliz. Florecieron nuevos partidos políticos y nuevos movimientos morales en todas partes. Algunos de estos cambios se apuntalaban en ideas que habían surgido a resultas de agitaciones pre-

vias, como la Primera Guerra Mundial o la Revolución Rusa, mientras que otros eran completamente nuevos; sin embargo, después de 1945, incluso las ideas más antiguas se asimilaron a una velocidad y con una urgencia que habrían resultado impensables en otro momento. La esencia sobrecogedora de aquella guerra, su espeluznante violencia y su alcance geográfico sin parangón alimentaron una sed de cambio más universal que en ningún otro momento de la historia.

La palabra que estaba en boca de todo el mundo era «libertad». El dirigente estadounidense durante la época de la guerra, Franklin D. Roosevelt, había hablado de cuatro libertades: la libertad de expresión, la libertad de culto, la libertad de vivir sin penuria y la libertad de vivir sin miedo. La Carta Atlántica, redactada a dos manos con el primer ministro británico, Winston Churchill, también recogía la libertad de todos los pueblos de elegir su propia forma de Gobierno. Los comunistas hablaban de liberarse de la explotación, mientras que los economistas hablaban de libre comercio y mercados libres. Y en la estela de la guerra, algunos de los filósofos y psicólogos más influyentes escribieron acerca de libertades aún más profundas, fundamentales para la condición humana.

El mundo entero respondió a aquel llamamiento, incluso en aquellos países alejados del conflicto. Ya en 1942, el futuro estadista nigeriano Kingsley Ozumba Mbadiwe exigía que la libertad y la justicia se extendieran al mundo colonial una vez ganada la guerra. «África no aceptará más precio que la libertad»,<sup>3</sup> escribió. Algunos de los miembros fundadores de la Organización de las Naciones Unidas más entusiastas fueron países de Centroamérica y Suramérica, quienes imaginaban un sistema internacional donde «la injusticia y la pobreza desaparecieran del mundo» y una nueva era en la que «todos los países, grandes y pequeños cooperarían como iguales».<sup>4</sup> Los vientos del cambio soplaban en todas direcciones.

De acuerdo con el estadista estadounidense Wendell Willkie, el ambiente durante la Segunda Guerra Mundial fue mucho más revolucionario de lo que lo había sido en la Primera. Tras dar la vuelta al mundo en 1942, Willkie regresó a Washington inspirado por el modo como hombres y mujeres de todo el planeta luchaban por derrocar el imperialismo, reclamaban sus derechos humanos y civiles y construían «una nueva sociedad [...] fortalecida por la independencia y la libertad». En su opinión, fue una época sumamente emocionante, porque

personas de todo el mundo parecían tener una confianza recién descubierta «en que, con la libertad, podían conseguirlo todo». Sin embargo, también confesó que aquel ambiente le resultaba más que inquietante. Nadie parecía convenir en un objetivo común. Y si no lo hacían antes del fin de la guerra, Willkie predecía un colapso del espíritu de colaboración que mantenía unidos a los aliados y un retorno a las mismas insatisfacciones que habían desembocado en aquel conflicto.<sup>5</sup>

Así pues, la Segunda Guerra Mundial sembró las semillas no sólo de una nueva libertad, sino también de un nuevo temor. En cuanto el conflicto concluyó, las personas empezaron a contemplar nuevamente a sus antiguos aliados con desconfianza. Se reavivaron las tensiones entre las potencias europeas y sus colonias, entre la derecha y la izquierda y, lo que es más importante, entre Estados Unidos y la Unión Soviética. Tras haber sido testigos recientemente de una catástrofe mundial sin precedentes, gentes de todo el mundo empezaron a preocuparse por que se avecinara una guerra nueva y de mayor calibre. La «corriente subterránea de ansiedad» descrita por Georgina Sand fue un fenómeno universal después de 1945.

En este sentido, la historia de Georgina en el período inmediatamente posterior a la guerra quizá sea también emblemática. Después de que se declarase la paz, Georgina regresó a Praga con la esperanza de encontrar el sentido de pertenencia al mundo que había perdido de niña; pero al no lograrlo, pensó que podría recrearlo. Se reunió con Walter, a quien había conocido de niña, y se enamoró de él. Se casó, hizo amistades y se preparó para sentar cabeza. Espoleada por el optimismo de la juventud, imaginó que su futuro sólo podía ser luminoso, pese a la sombra obstinada que la guerra seguía proyectando sobre su vida. Incluso después de descubrir que su madre había muerto, creyó sinceramente que sería capaz de dejar atrás la tristeza de la guerra, porque deseaba seguir adelante, reinventarse. Quería ser libre.

Por desgracia, las autoridades checas tenían otras ideas. En 1948, cuando los comunistas se hicieron con el control del país, Walter y ella recibieron la instrucción de declarar su lealtad inquebrantable al nuevo régimen y, por extensión, a la superpotencia soviética. Al no estar dispuestos a hacerlo, se vieron obligados a huir del país de nuevo. Su huida fue simbólica de otra consecuencia más de la Segunda Guerra Mundial: la nueva Guerra Fría, que polarizó el mundo entre Oriente y Occidente y entre derecha e izquierda. Por emplear la expresión de

Churchill, se corrió un telón de acero en el centro de Europa; en el mundo en vías de desarrollo se vivieron revoluciones, golpes de Estado y guerras civiles. Más refugiados, más historias.

Este libro es un intento de revisar los cambios más profundos, tanto destructivos como constructivos, que tuvieron lugar en el mundo a causa de la Segunda Guerra Mundial. Cubre de manera ineludible los grandes acontecimientos geopolíticos: la emergencia de las superpotencias, el inicio de la Guerra Fría, el largo y lento desmoronamiento del colonialismo europeo, etc. También aborda las formidables consecuencias socioeconómicas de la guerra: la transformación de nuestro entorno físico; los enormes cambios en los niveles de vida, en la demografía planetaria y en el comercio mundial; el auge y la caída de los controles al libre mercado, y el advenimiento de la era nuclear. Pero, lo que es aún más importante, pretende proyectar la vista más allá de esos acontecimientos y esas tendencias y analizar los efectos mitológicos, filosóficos y psicológicos de la guerra. ¿Cómo afectó el recuerdo de aquel derramamiento de sangre a nuestras relaciones recíprocas y con el mundo? ¿Cómo cambió nuestra perspectiva de lo que son capaces de hacer los seres humanos? ¿Cómo influyó en nuestro temor a la violencia y al poder, en nuestro deseo de libertad y pertenencia, y en nuestros sueños de igualdad, justicia y ecuanimidad?

Con el fin de escenificar tales cuestiones, he optado por que en el corazón de cada capítulo palpite la historia de un único hombre o una única mujer, quienes, como Georgina Sand, vivieron en primera persona las realidades de la guerra y el período de posguerra y se vieron profundamente afectados por ellos. En cada capítulo, este relato individual sirve de punto de partida para permitir al lector atisbar, dentro del panorama general de fondo, la historia de la comunidad de esa persona, de su país, de su región y del mundo entero. No se trata de un mero recurso estilístico, sino de algo absolutamente fundamental para lo que intento expresar. No pretendo que el relato de esas personas resuma todo el abanico de experiencias vividas por el resto del mundo, pero existen elementos de lo universal en todo lo que hacemos y en todo lo que recordamos, sobre todo en lo que explicamos a los demás acerca de nosotros mismos y de nuestro pasado. La historia conlleva invariablemente una negociación entre lo personal y lo universal, y

donde más relevancia tiene dicha negociación es en el relato de la Segunda Guerra Mundial.

En 1945 se daba por supuesto que las acciones y creencias de cada persona y, por extensión, sus recuerdos y vivencias pasadas, no sólo le concernían a ella, sino a la humanidad en su conjunto. En aquella época, psicoanalistas como S. H. Foulkes y Erich Fromm empezaban a investigar la relación entre el individuo y los colectivos a los que pertenecía. «La entidad básica del proceso social es el individuo –afirmó Fromm en 1942–. [...] Todo grupo consta de individuos y nada más que de individuos; por lo tanto, los mecanismos psicológicos cuyo funcionamiento descubrimos en un grupo no pueden ser sino mecanismos que funcionan en los individuos.»<sup>6</sup> Sociólogos y filósofos del momento exploraban asimismo el modo como el individuo se refleja en el todo, y viceversa: «Elijiéndome, elijo al hombre», escribió Jean-Paul Sartre a finales de 1945, y muchos de sus compañeros existencialistas infirieron con entusiasmo conclusiones universales de los hechos de los que habían sido testigos durante la guerra. Tales principios son tan aplicables hoy como lo eran entonces: hemos asimilado colectivamente las historias de personas como Georgina como si fueran la nuestra.<sup>7</sup>

Por descontado, soy consciente de que las historias que cuenta la gente no siempre reflejan la verdad absoluta. Las que narran los supervivientes de la guerra son especialmente poco fiables. Se olvidan hechos, o bien se recuerdan erróneamente o se embellecen. Las opiniones que las personas tienen de sí mismas y de sus actos pueden variar espectacularmente y, cuando así ocurre, pueden antedatarse e insertarse como opiniones originales. Y lo mismo sucede en el caso de los países y las sociedades. Las leyendas y mentiras categóricas que nos hemos explicado a nosotros mismos en las décadas transcurridas desde la Segunda Guerra Mundial son tan importantes para conformar nuestro mundo como lo fueron las verdades. La responsabilidad del historiador radica en cotejar tales historias con el registro del tiempo e intentar inferir algo lo más parecido posible a una verdad objetiva. He intentado no juzgar a las personas cuyos relatos reproduzco, incluso cuando no comparto la opinión con ellas. En lugar de ello, puesto que ésta es una historia global, me he reservado las críticas para aquellos casos en los que nuestras emociones colectivas han hecho aflorar lo mejor de nosotros y han incrustado en nuestra mente una memoria compartida en absoluta contradicción con la evidencia. Por ende, los relatos indi-

viduales son justamente eso: relatos. Y es precisamente en su interacción con la narración colectiva donde concluye la historia en minúsculas y comienza la Historia en mayúsculas.

He procurado incluir casos de estudio extraídos de todo el mundo y afines a diversas opciones políticas, algunas de las cuales se alejan de mi propio punto de vista político y geográfico. Hay relatos de África y Latinoamérica, así como de Europa, Norteamérica y Asia, porque fueron las regiones más hondamente afectadas por la guerra. No obstante, hay una mayor proporción de relatos procedentes de las regiones del mundo que se vieron directamente involucradas en el conflicto, porque sin duda fueron las que experimentaron cambios más profundos a consecuencia de la guerra. Estados Unidos es la principal fuente de historias, y ello no se debe a mi propio sesgo liberal occidental, o al menos no se debe exclusivamente a éste, sino que refleja el equilibrio de poder que surgió tras la guerra: nos guste o no, el siglo xx se denominó «el siglo de América» por algún motivo. Japón también está muy presente en la parte inicial del libro, porque considero que su importancia simbólica no está debidamente representada en las narraciones occidentales de la guerra.

El lector apreciará también que este libro incluye más relatos de personas con tendencias políticas de izquierdas que de derechas. De nuevo, se trata de un recurso deliberado. En la historia mundial, 1945 fue cuando probablemente la izquierda conquistó su cota máxima: las ideas socialmente progresistas e incluso manifiestamente comunistas predominaron en el panorama político como nunca han vuelto a hacerlo. Sin embargo, estoy convencido de que nadie es enteramente coherente en sus creencias políticas y he incluido también historias de personas cuyas creencias experimentaron hondas oscilaciones a resultas de sus vivencias, tanto de la derecha a la izquierda como viceversa.

Por último, es importante aclarar que este libro pretende erigirse en un pequeño desafío. En las páginas siguientes, el lector encontrará multitud de datos con los que está familiarizado, pero también, o eso espero, muchos otros con los que no lo está tanto y que quizá le resulten incluso alienantes. En la caja de resonancia que es el mundo actual, donde un número creciente de nosotros ya sólo se ve expuesto a puntos de vista que comparte, es más importante que nunca que nuestra perspectiva se ponga en tela de juicio de vez en cuando y asumir sin

cortapisas ese desafío. El mundo presenta un aspecto muy distinto cuando lo contemplamos desde la óptica de un soldado o de un civil, de un hombre o de una mujer, de un científico o de un artista, de un hombre de negocios o de un sindicalista, de un héroe, de una víctima o de un criminal. Todos estos puntos de vista están representados en las páginas siguientes. No obstante, me gustaría invitar al lector a abordar este libro con la mirada de un forastero, de un refugiado, cuyas preconcepciones debe aparcar temporalmente si quiere entender el contexto de lo que sigue. Yo mismo me he esforzado en ello. Los historiadores pueden tener tantos prejuicios como cualquiera, y en las siguientes páginas he tratado de ser honesto sobre algunas de mis ideas y creencias preconcebidas. Una o dos veces, como en el capítulo sobre el nacionalismo europeo de posguerra, he tomado la difícil decisión de poner bajo el punto de mira mis propios miedos y deseos. Animo al lector a hacerlo también de vez en cuando.

En cierto sentido, un historiador es también una suerte de refugiado: si el pasado es otro país, es un país al que nunca podrá regresar, por más entusiastas que sean sus esfuerzos por recrearlo. Me embarqué en la aventura de escribir este libro sabiendo que únicamente podía aspirar a ser una representación difusa del luminoso nuevo mundo que surgió de las cenizas de 1945 y que, en cualquier caso, siempre fue demasiado extenso para caber cómodamente entre las cubiertas de un único libro. Mi única esperanza es que los fragmentos que he encontrado e hilvanado inspiren a los lectores a continuar indagando y consigan rellenar algunas de las grietas y omisiones más notables.

Con todo, en muchos sentidos este libro no versa realmente sobre el pasado, sino sobre por qué nuestras ciudades son como son hoy, por qué nuestras comunidades se están volviendo tan diversas y por qué las tecnologías han evolucionado como lo han hecho. Versa sobre por qué nadie cree ya en la utopía, sobre por qué defendemos los derechos humanos al mismo tiempo que los socavamos y por qué nos mostramos tan desesperanzados respecto a las posibilidades de reformar algún día el sistema económico. Analiza por qué nuestros esfuerzos de lograr la paz mundial están tan salpicados de violencia y por qué nuestras incontables discrepancias y conflictos sociales siguen sin resolverse tras décadas de politiquero y diplomacia. Todos estos asuntos y muchos otros llenan nuestros periódicos a diario y tienen sus raíces en la Segunda Guerra Mundial.

---

Por encima de todo lo demás, este libro explora el conflicto eterno entre nuestro deseo de unión con nuestros vecinos y aliados, por un lado, y nuestro deseo de mantener las distancias, un conflicto que se representó a escala mundial en la estela de la Segunda Guerra Mundial y que continúa dando forma a nuestras relaciones personales y comunitarias. Nuestra naturaleza, pero también nuestra historia, nos mantiene en un espacio ambiguo que no es enteramente interno ni externo a nuestras comunidades. Como Georgina Sand, ninguno de nosotros puede decir verdaderamente a qué pertenece.